

DE GRAMSCI A TROTSKY. VARIACIONES SOBRE AFRICA

POR

ANGEL MAESTRO MARTÍNEZ

La intencionalidad soviética y su afán de satelización respecto al tercer mundo, así como su intervención en el mismo, son hechos irrefutables. El asentamiento de la influencia soviética en zonas productoras de materias primas y el posterior control de las mismas para privar a Occidente de sus suministros vitales, viene siendo una constante de los sistemas comunistas, muy especialmente del imperialismo soviético, que aunque acentuada desde la conclusión de la segunda guerra mundial, no responde a postulados de esa época, sino que ya desde los primeros tiempos de la revolución bolchevique hay textos abundantes de Lenin y de Trotsky referentes al concepto denominado hoy «tercer mundo».

Un autor de actualidad, Emmanuel Todd, izquierdista, pero parcialísimamente antisoviético, en su conocida obra *La caída final*, analiza, dentro de la misma, el hecho de la penetración comunista en el «tercer mundo» considerándolo como un fracaso para la política exterior soviética. Todd expone brevemente el fracaso de la URSS en Egipto, Siria, Irak, Uganda, con su introducción política que creará las condiciones subjetivas —las objetivas ya vienen dadas por los propios países—, para convertir en satélites de la URSS a dichas naciones. En efecto, Todd tiene razón en considerar como fracaso el intento de satelización de dichas naciones, y entre las causas que lo justifican puede citarse en primer lugar lo extraño y difícil de comprensión que ha resultado el marxismo-leninismo para las ideologías locales. Por ese concepto mesiánico del marxista-leninista que le hace actuar como un portavoz de una nueva revelación, piensa éste, que el revolucionario del tercer mundo es caldo de cultivo

idóneo para el desarrollo de esa ideología, sin reparar que su deseo de alianza con los representantes soviéticos viene motivado no por una identificación de la ideología, sino, en la mayoría de los casos, por una necesidad táctica, por una búsqueda de apoyo para poder acabar con el «opresor» colonialista; pero esa necesidad táctica no tiene forzosamente que apoyarse en una identidad ideológica, y la oligarquía local, condicionada por una formación tribal, pseudoreligiosa y de costumbres ancestrales rechaza el complejo fenómeno del marxismo-leninismo para aplicarlo a su incipiente Estado.

También intervienen factores materiales de consideración como pueda ser la antigüedad de la maquinaria facilitada por los soviéticos, y su comparación con la de manufactura mucho más moderna occidental o japonesa, la mala calidad de esa maquinaria especialmente la de medios de transporte y la tosquedad de la misma que conducen, además, bajo un solo proveedor de suministros, a una excesiva dependencia que lleva inevitablemente a la satelización de la industria, tal como el caso de Cuba, hasta hace muy poco el único país del «tercer mundo» totalmente marxista-leninista.

Otro factor es el de la oligarquía local, bien sea revolucionaria como la argelina, o como han sido la de tantas nuevas naciones del Africa negra que terminan concentrándose en su propio afán de conservación y mantenimiento del poder en manos de esa oligarquía, aunque como en el caso de la dictadura argelina lleven pomposamente el lema de «democrática y popular». Esa oligarquía se encierra en un nacionalismo, del que vemos buena prueba en las constantes rivalidades africanas con increíbles arrogancias de nuevos estados, atentos a las menores suspicacias para con el vecino, y que, desde luego, les hacen apartarse totalmente del internacionalismo.

Es cierto el que hasta ahora el fracaso de satelización de los países del «tercer mundo» ha sido casi total, pero desde hace algún tiempo la táctica —palabra casi religiosa para un buen marxista-leninista— ha cambiado sustancialmente. El fracaso político de la URSS ha sido un hecho, y en esto tiene razón Todd, pero toca sólo superficialmente, sólo muy de pasada, la nueva táctica soviética, y en

esto naturalmente que podemos equivocarnos, pero creemos que la variación ha sido revolucionaria.

Visto el fracaso de la satelización por una penetración política, la postura soviética ha sido la de volcarse totalmente en sus nuevas operaciones, el jugar la carta a fondo sabiendo con un gran número de posibilidades de antemano el que las naciones occidentales no reaccionarían, que en sus amenazas serían sólo «tigres de papel». Ya no basta la infiltración, el dominar más o menos a sectores considerables de la oligarquía local, y el asegurarse una penetración que arroje a largo plazo sus frutos, como si de la línea «gramsciana» se tratase, sino más bien en la acción y en los métodos se impusiese la acción violenta, enérgica y decidida.

Los sucesos revolucionarios de Angola, que degenerarían en una sangrienta guerra civil, después de la traición a Portugal del golpe de abril de 1974 —demostrado una vez más cómo el comunismo triunfó no gracias a su fuerza, sino por la cobardía de sus oponentes—, dichos sucesos del invierno de 1974-1975 representan la primera ocasión de ver, en la práctica, los primeros resultados del cambio de táctica, y que darán un innegable triunfo a la Unión Soviética. A finales de 1974 se registran unos 350 miembros del KGB, y servicios secretos de los países del Pacto de Varsovia, más de 2.800 asesores militares (en 1972 sólo había 5 y 600 respectivamente), y unos 5.000 técnicos.

Durante 1975 y 1976 se produce la intervención masiva de cubanos, escogidos como nuevas tropas coloniales soviéticas, utilizando el imperialismo soviético estas fuerzas como los británicos han utilizado y utilizan a los «ghurkas». No nos extenderemos sobre la guerra civil de Angola, por haberlo hecho ya en otros trabajos, ni sobre la pasividad de los Estados Unidos, por causa similar. A finales de 1977 se calcula que permanecen en África más de 30.000 cubanos, 8.000 miembros del Pacto de Varsovia y casi 16.000 soviéticos, entre miembros del KGB, militares y técnicos. La satelización de Angola es ya un hecho cierto.

Uno de los adjuntos del jefe del KGB y miembro del politburó —el poderoso Yuri Andropov—, el general Viktor Samodourov, dirige los servicios secretos en África, ayudado por el embajador y

espía Oscar Aramas, embajador cubano en Angola, miembro de la Dirección General de Inteligencia Cubana. Un general cubano es el nuevo mercenario de los soviéticos; se trata de Arnaldo Ochoa, de sólo 39 años, que es trasladado al nuevo escenario: Etiopía.

Etiopía representa otro caso similar al de Angola y al de Mozambique. Para la plena integración soviética en los centros de poder, ya no interesa esa infiltración más o menos abierta, sino el dominio y control total de la situación. Si en Angola ya funcionaban a pleno rendimiento un Agostinho Neto y en Mozambique un Samora Machel, en Etiopía, después de brutales y despiadadas represiones surge un grupo que detenta el poder: el Derg, y su implacable dirigente, Mengitsu. A finales de diciembre de 1977 ya estaban en Etiopía 2.000 cubanos. Las operaciones contra Somalia, y el control de las Fuerzas Armadas etíopes figuran ya bajo el control total de los soviéticos, todos bajo el mando del general Chaplyguine, y en enero de este 1978, nada menos que el ministro de defensa soviético Ustinov, se entrevista con el ministro de defensa cubano, Raúl Castro, en Etiopía, planificando ya el traslado de 1.200 cubanos a Mozambique, 300 a Zambia y casi 500 a Tanzania.

La nueva táctica ha dado sus frutos, y el cambio de la infiltración política a la militar ha constituido un éxito rotundo; las cifras son de una elocuencia considerable, pues si en 1973 la Unión Soviética asignaba como ayuda económica para Africa 718 millones de dólares, esta cifra desciende a 220 millones en 1976, mientras que la ayuda militar que en 1974 suponía 400 millones de dólares, en 1976 alcanzaba 1.070 millones de dólares. El balance, a la vista de los resultados, ha sido de éxito total.

Frente a la ayuda enmascarada de maquinaria anticuada, de lenta y difícil compra de periodistas, hombres de gobierno, manejos sobre los universitarios, etc., se ha opuesto, con los resultados a la vista, la intervención directa, sin disimulos, brutal y de impacto directo, que hace que cuando el Occidente cada vez más indefenso intentase un tímido esfuerzo de reacción, el peso implacable de los hechos consumados se lo impida.

A diferencia de la táctica seguida en Occidente, en donde asistimos a una aplicación indudable de futuro control de la sociedad

basada en el seguimiento de las teorías de Gramsci, en Africa no parece ver más bien una aplicación, acomodada a la época, de la técnica de Trotsky. Frente a la infiltración lenta y progresiva en Occidente, el golpe enérgico y con todas las fuerzas en Africa. Con arreglo a la táctica leninista, ambos medios operativos son buenos, siempre que sean eficaces, y cada uno está cumpliendo los objetivos propuestos. Gramsci es bueno para Europa, pero no para Africa. Desgraciadamente todo se va confirmando.

ELOGIO Y CENSURA DE LOS TESTIGOS DE JEHOVA

Por MANUEL MOLINA

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

1. Actitud de N. S. Jesucristo ante el problema de la división.
2. Actitud de la Iglesia ante la división.

ORIGENES Y FUNDADORES

1. Carlos T. Russell: el comerciante.
2. José F. Rutheford: el jurudicista.
3. Natán H. Knorr: el burócrata.

DESARROLLO

1. *Causas externas*: Relleno del vacío producido en el cristianismo.
2. *Causas internas*: A) Organización vertical.—B) Organización financiera.—C) Entusiasmo, sinceridad, fanatismo, juventud.—D) Dinamismo del tema del Regreso del Señor.—E) Técnica psicológica.

CRITICA

1. *Uso y abuso de la Biblia*: A) Actitud incorrecta ante la Biblia.—B) Amañada y falsa versión de la Biblia.
2. *Creencias no cristianas*: A) Visión de la Biblia.—B) Principales afirmaciones no cristianas.

JUNGLA DE INTERPRETACIONES, PRESCRIPCIONES, PROHIBICIONES

- A) Moralismo rígido.—B) Dogmatismo ciego.—C) El libro del Apocalipsis.

EPILOGO

Respeto a las personas. Rechazo del error.

60 págs.

Precio: 80 ptas.